

Economía, sociedad y cultura en Arrasate en tiempos de Esteban de Garibay



José Antonio **Azpiazu** **Elorza***

Cada pueblo tiene en su historia su momento álgido. El País Vasco tuvo su época dorada en el siglo XVI, y Arrasate la compartió por partida doble, debido a la bonanza de aquel periodo y la explotación del mineral de acero que le proporcionaba la peña de Udalatxa. Este buen momento se tradujo en riqueza, bienestar, cultura y mejoras en la posición social de la mujer.

Palabras Clave: Acero de Mondragón. Técnica puntera. Calidad de vida. Promoción femenina.

Herri bakoitzak izan ohi du bere unerik gorena historian zehar. XVI. mendea izan zen Euskal Herriaren urrezko garaia, eta Arrasatek alderdi bikoitzetik partekatu zuen hori, orduko oparoaldiagatik eta Udalatxak ematen zuen altzairu mearen ustiakuntzagatik. Garai on hark aberastasuna, ongizatea eta kultura ekarri zituen, eta emakumeak gizartean zuen maila hobetu zen.

Giltz-Hitzak: Mondragoeko altzairua. Puntako teknika. Bizitza kalitatea. Emakumearen promozioa.

Chaque ville compte, dans son histoire, son point culminant. Le Pays Basque a connu son époque dorée au XVIe siècle, et Arrasate en a profité doublement grâce à la prospérité de cette période et à l'exploitation du minerai de fer fourni par le rocher d'Udalatxa. Cette belle époque s'est traduite par la richesse, le bien-être, la culture et l'amélioration de la position sociale de la femme.

Mots Clés: Acier de Mondragon. Technique de pointe. Qualité de vie. Promotion féminine.

* Atzekokale, 6, 2º A. 20560 Oñati.

1. LA ÉPOCA MONDRAGONESA DE GARIBAY, ESPEJO DEL ACTUAL ARRASATE

El estudio del mundo de la metalurgia mondragonesa del siglo XVI, que está reflejado en mi libro *El acero mondragonés en la época de Garibay*¹, supuso para mí un ejercicio de acercamiento al pasado que me ofreció múltiples motivos de sorpresa y de reflexión. A los elementos aportados en dicha publicación quiero añadir en este nuevo trabajo documentos novedosos que enriquecen el panorama entonces presentado, a la vez que esta segunda oportunidad me permite destacar determinados aspectos que pudieron quedar ocultos o poco desarrollados. Voy a insistir en esta ocasión en algunos detalles vinculados a la vida social y cultural de la villa. La alta calidad de vida obtiene en el cuadro de la sociedad mondragonesa del tiempo de Garibay un indudable protagonismo, y este fenómeno tiene un fiel reflejo en la forma de vivir y de vestir, además de una presencia inusual de elementos culturales que informan la vida cotidiana de la comunidad.

Mis anteriores investigaciones me habían señalado la importancia que la industria y los servicios habían adquirido en amplios sectores de la sociedad vasca del siglo XVI. Las líneas básicas apuntadas en mi tesis doctoral², que reflejaban la época en que vivió Garibay, manifestaban que los auténticos protagonistas de la economía vasca eran los mercaderes. Estos me ayudaron a descubrir un pasado vasco que distaba mucho del que nos había ofrecido la historiografía clásica vasca. Se nos había presentado una historia vasca que había evolucionado siguiendo una línea simplista, en la que la aparición de una industria de cierta importancia no hacía acto de presencia hasta la segunda mitad del siglo XIX. En un panorama de estas características, vislumbrar una época anterior en la que destacaban sectores ajenos a la agricultura y la ganadería representaba una peligrosa ruptura. La imagen de las esencias vascas en el pasado, vinculadas de modo indefectible al mundo rural, al caserío, ofrecía flancos cuya debilidad era cada vez más manifiesta. Pero esta imagen de nuestro pasado, todavía hoy, sigue anclada en la conciencia vasca. La realidad es que la mentalidad popular apenas ha gozado de elementos de juicio que le permitieran una visión diferente. Sin duda resultaba difícil superar esta visión distorsionada e irreal que pretendía mostrarnos una evolución histórica vasca en la que, cuanto más alejado se halle de la época industrial y urbana, cuando más atrás vaya en el tiempo, tanto más nos acercábamos a una edad dorada vinculada a un mundo bucólico y ficticio.

Todas las aproximaciones hacia las diferentes facetas del País Vasco del Siglo XVI me iban mostrando un mundo que rompía radicalmente con este panorama que la historia tradicional nos había impuesto. La realidad del País Vasco de hace cuatro siglos se empeñaba en ofrecer unas directrices

1. J.A. Azpiazu, *El acero de Mondragón en la época de Garibay*, Donostia 1999.

2. J.A. Azpiazu, *Sociedad y vida social vasca en el siglo XVI. Mercaderes guipuzcoanos*, 2 vols., Donostia 1990.

bien diversas a un paisanaje rural, cerrado y puro que vivía ensimismado y ajeno a los grandes cambios de los inicios de la modernidad. José Urrutikoetxea, sin embargo, había investigado una época posterior en una zona de más presencia rural de la que, por ejemplo, ofrecía el Valle del Deba. En los siglos XVIII y XIX la crisis había afectado también al Arrasate industrial, como a la casi totalidad de los antiguos centros de producción de hierro, lo que favoreció la vuelta al campo, adquiriendo el factor rural en el conjunto guipuzcoano una especial relevancia³.

Mi aproximación a la historia vasca, que no se ciñe exclusivamente al Deba, me obliga a ofrecer, en referencia a épocas anteriores a las investigadas por Urrutikoetxea, un panorama muy diferente, mucho más proclive a una sociedad industrial y de servicios. Las nuevas tendencias e interpretaciones han aportado datos fundamentales para interpretar la historia vasca de varios siglos atrás, y que abren caminos para sospechar que “lo rural”, sin negar su importancia, y suponiéndosele una constante inevitable e invariable a lo largo de la historia, no siempre ha supuesto un factor dominante de nuestra economía y nuestras formas de vida. Desde luego no es admisible, porque no permite entender a la luz que nos proporcionan las noticias de Arrasate en el siglo XVI, defender una historia irreal, aquella que Otazu critica puesto que pretende retratar “un bonito país verde que tenía muchos pastores que tocaban la flauta por las mañanas y bailaban al son del tamboril por las noches”, imagen que no se ajusta a un enclave europeo como fue el vasco⁴.

La visión de un mundo rural queda cuestionada desde muy temprano, casi a raíz del nacimiento institucional de la Provincia. Si el País Vasco en general muestra, a partir de la Baja Edad Media, una clara vocación por colaborar en la dinámica europea a todos los niveles, el ejemplo de Arrasate resulta paradigmático y digno de reflexión, porque rompe muchos de los esquemas tradicionales sobre nuestro pasado y nos coloca en la tesitura de revisar muchos de nuestros esquemas, de la visión sobre nuestros antepasados.

Caro Baroja defiende la idea de que el País Vasco ha sido muy nórdico, más dado a la industria y al comercio que a la agricultura. Cuando habla del

3. José Urrutikoetxea, *“En una mesa y compañía”. Caserío y familia campesina en la crisis de la “sociedad tradicional”*, San Sebastián 1992, p. 64. Este autor asegura que Gipuzkoa entre 1766 y 1845 es eminentemente rural, y que los datos del año 1787 sobre Gipuzkoa daban por resultado que “casi un 70% de su población activa vive exclusiva o parcialmente del caserío”. Se trata indudablemente de un período de crisis casi permanente, aunque quizá sea aventurado defender que los siglos XVI y XX marcan dos hitos de progreso que difícilmente admiten comparación con las épocas intermedias, incluido el renacimiento del siglo XVIII.

4. Alfonso de Otazu y Llana, *El “igualitarismo” vasco: mito y realidad*, San Sebastián 1972, p. 11. Una crítica semejante encontramos en Juaristi, quien afirma que la ideología fuerista que apadrina estas interpretaciones ofrece “una sociedad casi paradisíaca” sobre la realidad vasca, donde se habla de una sociedad unida al caserío, tutelada por el patriarca y el tamboril y el silbo como imágenes de diversión sana (Jon Juaristi, *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid 1987, p. 32).

vasco como del “homo faber”, el artesano que la Península necesita para sus necesidades mecánicas, y rechaza “las ridículas generalizaciones que se han levantado en torno a su aldeanismo, su rusticidad, etc.” del vasco, retrata a la perfección la imagen del mondragonés de la época de Garibay⁵, y apoya la atinada observación del embajador veneciano Navagero, quien resumió en muy pocos conceptos la realidad económica vasca: mar, hierro, madera, y una alta densidad de población conformaban la realidad vasca que observó a su paso por suelo vasco⁶.

Garibay e Isasti, que tuvieron el privilegio de ser testigos de la gran época de Arrasate, acreditaron en referencia a aquella sociedad una modernidad que la historia posterior no ha sabido asumir. El caso concreto de Garibay resulta particularmente sangrante, debido a la escasa credibilidad que soportó durante siglos su *Compendio Historial*. En su interpretación de Garibay, su primer y gran reivindicador Caro Baroja afirma que en el País Vasco que describe el cronista mondragonés “hay cosas que son de una modernidad absoluta. En el siglo XVI las villas son modernas, los trajes de las gentes de la calle son modernos”⁷.

Entrar, a través de los documentos, en la época de Garibay y sus contemporáneos, supone un ejercicio mental que nos obliga a cambiar nuestros hábitos de visión del pasado según los cuales la sociedad ha ido avanzando, con ligeros baches en el camino, hacia la madurez y plenitud que se vive en la actualidad. Cuando delante de nuestros ojos se presenta el panorama que ofrece la sociedad mondragonesa del siglo XVI, uno no puede menos de pensar que, en muchos aspectos, hemos ido para atrás. La tentación de comparar la segunda mitad del siglo XVI con la segunda mitad del siglo XX resulta inevitable. Y en la comparación, la posición de Arrasate en el mundo ofrece un resultado indiscutiblemente favorable a la época de Garibay, el mondragonés más ilustre de la historia de Arrasate.

El hecho de pretender establecer una comparación entre las dos épocas mencionadas en referencia a esta villa, y adelantar que la sociedad mondragonesa actual puede mirarse sin reparo en el espejo del proceso del siglo XVI no debe escandalizarnos ni llevarnos a considerar la propuesta como un desatino. Sencillamente lo considero como un ejercicio de honradez histórica que para los actuales vecinos de Arrasate debería suponer un motivo de orgullo, a la vez que de reflexión, sobre una sociedad autocomplaciente que, sin conocer lo que ocurrió en el pasado, se enorgullece de haber dado pasos inéditos e irrepetibles en la historia mondragonesa.

5. Julio Caro Baroja, *Vasconiana*, San Sebastián 1986, p. 108. Este autor se siente tan seguro de sus apreciaciones que no duda en afirmar que “Si yo, como historiador y etnólogo, tuviera que dar una definición del pueblo vasco, diría que, hoy, es un pueblo con una tradición cultural eminentemente europea, occidental, bastante diferenciada de las mediterráneas” (*ibídem*).

6. Julio Caro Baroja, (*Vasconiana...*, p. 107).

7. *Ibidem*, p. 27.

2. LA ECONOMÍA: INDUSTRIA, COMERCIO Y DEMOGRAFÍA

A la hora de abordar el estudio de una sociedad, es difícil deslindar economía, sociedad y cultura como si se tratara de tres compartimentos estancos, porque estos tres aspectos aparecen ineludiblemente vinculados por múltiples factores que les son comunes. Una economía próspera arrastra una mejora en las condiciones sociales, y ambas se traducen también en un beneficio de la cultura. Por tanto, estudiar la economía en sí misma tiene como finalidad acentuar un aspecto de la sociedad que en modo alguno queda desvinculado con otros aspectos como la cultura o los sistemas de vida. Esta reflexión resulta obvia para el Arrasate actual, donde resulta fácil interrelacionar estos campos complementarios. Pero cabe igualmente para la época de Garibay. En este primer apartado voy a tratar de reflejar los aspectos más llamativos relacionados con la economía, aunque para su ampliación me remito al libro previamente mencionado.

La economía arrasatearra del siglo XVI viene definida por la variedad de las actividades productivas, la riqueza de las técnicas utilizadas, y una contrastada capacidad para hacerse presente, y apetecible, en el mercado europeo. El nacimiento de la villa, en el siglo XIII, vino avalada por dos hechos fundamentales. Uno, el constituirse como punto intermedio entre Gasteiz y la Costa. Los monarcas castellanos veían clara la necesidad de vincularse a la política atlántica, tras siglos de mirar hacia el Sur en razón de una reconquista absorbente, y establecieron los puntos que facilitarían el acercamiento al Cantábrico mediante la fundación de villas. El otro hecho fue el regalo de la naturaleza que constituyeron las minas de Udalatxa: una vena capaz de transformarse en acero con métodos relativamente sencillos y adecuados a épocas preindustriales, factor que se ofrecía muy raramente.

Esta indudable riqueza objetiva, sin embargo, podía haber quedado desaprovechada en otro contexto, como frecuentemente ha ocurrido con múltiples recursos de la naturaleza. Y es aquí donde el factor humano añade un valor sustantivo a la riqueza enterrada bajo la gran roca que vigila el valle. La historia contemporánea nos muestra que el factor humano puede resultar determinante en la creación de riqueza. Sin ir más lejos, y ofreciendo la ventaja de servir de comparación entre diversas etapas históricas, se nos presenta el propio caso de Arrasate, donde la Cerrajera, las Cooperativas, la moderna industria mondragonesa en general tienen la virtud de mostrarnos lo que supone en estos procesos el factor humano. La colaboración e industria humanas resultan determinantes a la hora de explicar el gran cambio operado en la moderna historia mondragonesa. Pero este talismán actuó también, al amparo del mineral de acero que proporcionaban las minas de la localidad, en una industria del acero que exigía una maestría adquirida a través del esfuerzo y la sagacidad de varias generaciones. Sabemos que los maestros tenaceros se mostraban muy celosos en mostrar sus secretos. No todo dependía de la bonanza del mineral. Cuando el Capitán Aranguren, por encargo del Rey, trató de volver a fabricar el “auténtico acero de Mondragón” para suministrar el preciado metal a la real fábrica de armas de Soraluze, se encontró con que, en el transcurso de un par de generaciones que se dejó

de practicar el arte del acero, el secreto de los tenaceros se había diluido en el olvido. De hecho, y a pesar de los esfuerzos y medios empleados al efecto, no fueron capaces de conseguir un producto adecuado, habiendo incluso contado con la ayuda de expertos traídos de fuera.

La ligazón entre economía y sociedad se aprecia en evolución de la demografía. Arrasate es en la actualidad una de las más populosas villas de la Provincia. Lo era también, con sus dos mil habitantes, en la Gipuzkoa del siglo XVI, cuya totalidad apenas superaba los sesenta mil habitantes. Se trataba de una región muy poblada para la media de la época, sobre todo teniendo en cuenta que los productos alimenticios y la ropa seguía siendo la base de la riqueza de una comunidad. En la época que nos ocupa, todavía la principal riqueza seguía siendo el trigo, el vino y los tejidos, y Gipuzkoa era deficitaria en estos aspectos. Para poder subsistir era necesario recurrir a producir elementos que fuesen apetecibles en los ámbitos con los que se podía relacionar. La oferta industrial, los productos de acero, cerrajería, armas, etc., suplía la deficiencia de alimentos y ropa, que se adquirían mediante el intercambio. De aquí la enorme importancia que adquiría, para los vascos, poder contar con un comercio próspero que les procuraba los productos básicos de subsistencia.

Por fortuna, el panorama que se presentaba con la oferta metalúrgica lograba una balanza muy favorable a los intereses de Arrasate, al menos hasta finales del siglo XVI. Una vez entrados en el siglo XVII, esta situación de privilegio decayó como efecto de la escasez del mineral de acero, pues la peña de Udalatxa quedó exhausta debido a la brutal explotación a que había sido sometida durante siglos. Una de las consecuencias que produjo esta caída del producto industrial fue la disminución de la población. La villa soportó durante dos siglos una crisis poblacional que fue mucho más aguda que en el resto de la Provincia. Arrasate sólo llegó a igualar el número de habitantes que gozaba en el siglo XVI ya bien entrado en el siglo XVIII. Durante cerca de doscientos años no se consiguió recuperar la población anterior. Y bajo el punto de vista del nivel económico, ninguna etapa histórica es comparable a la espléndida situación que gozó la comunidad de Arrasate con la que convivió Garibay.

La comparación se hace más llevadera, salvas las distancias, con la segunda mitad del siglo XX. Pero la bonanza económica producida por el acero se resiste a una comparación incluso con la situación actual de esta villa. Y, desde luego, si nos atenemos a establecer comparaciones sobre cuál era más conocida en el mundo, si el Arrasate del siglo XVI o la del XX, yo me inclino claramente por los tiempos pasados, aunque a algunos les pueda sonar a despropósito y desconsideración para con los actuales logros.

¿En qué me baso para semejante afirmación? Hay varios capítulos que avalan los formidables logros de los mondragoneses de la época que tratamos. Vamos a resumir algunos de los méritos que pusieron el nombre de esta villa, y sobre todo su acero, en el punto de mira de los más altos intere-

ses de la sociedad circundante. Vamos a fijarnos sobre todo en la expectativa que el acero mondragonés producía, entre los que hay que incluir la propia industria comarcal, la fabricación de armas para el ejército más poderoso de la época, y las insistentes demandas de mercaderes franceses, flamencos e ingleses que habían tejido una tupida red de captación en el área, con la clara intención de utilizar los puertos de Bilbo y Donostia para asegurarse el suministro y la conducción del acero.

De la industria comarcal, baste con citar que la contrastada calidad de los cuchillos y tijeras de Bergara, reconocida en toda la Península. Estos instrumentos tenían como base el acero fabricado en las ferrerías tiraderas de Arrasate, como lo demuestran los contratos hechos entre mercaderes de Bergara y fabricantes de Arrasate, e incluso las propias normativas según las cuales los artesanos de la vecina villa exigían utilizar como materia prima “acero de Mondragón”.

En cuanto a las armas reales, existían disposiciones que ordenaban que las piezas más complicadas de los arcabuces y mosquetes, las llaves, deberían fabricarse con “acero de Mondragón”. A esto hay que añadir la calidad de las hojas de las espadas fabricadas en la villa, de gran aceptación y de la que decía Garibay que, debido a su pureza, podían ser remodeladas a fuego hasta cinco o seis veces sin perder sus virtudes, proceso que era imposible con las espadas de Milán.

Por otra parte, la presencia de los mercaderes extranjeros en la villa era un hecho incontestable, que incluso las autoridades religiosas la detectan, como factor de posible contagio luterano. Pero donde más claramente se aprecia el interés de los mercaderes de la fachada atlántica por el acero de la villa es a través de los representantes comerciales destacados en los principales puertos vascos. Estos factores de grandes compañías que actuaban sobre el mercado del acero se situaban en Bilbo y Donostia, desde donde dirigían las operaciones. Sus movimientos nos muestran el aprecio a que se había hecho acreedor el producto mondragonés.

2.1. La presencia de elementos foráneos en Arrasate

Al igual que ocurre con la actual industria, también en el pasado Arrasate se convirtió en un importante foco de atracción de oficiales y mercaderes foráneos. Resulta significativo que, en pleno siglo XVI, una población del interior de Gipuzkoa sea capaz de atraer la atención de tantos elementos de procedentes de la vecina Francia. Dejemos para más adelante la presencia documentada de mercaderes que venían en demanda de acero, principalmente de Nantes, y prestemos atención a la presencia de vascofranceses que vienen, en grupos, de poblaciones como Ezpeleta, ocupándose de las ferrerías de hierro de la villa. Por lo visto, el acceso a las masuqueras donde se fabricaba la raya que se había de transformar en acero les estaba vetado, debido al lógico afán de secretismo que rodeaba el arte de la transformación del acero. Familias enteras de gente de Iparralde consiguieron

controlar durante un período de tiempo la fabricación de hierro de Arrasate, y a ellos cabe añadir la presencia de algunos artesanos franceses que venían a trabajar como armeros a esta villa.

Pero no sólo llegaban desde más allá de la frontera. Las oportunidades para trabajar en la localidad debían ser muchas, o los alicientes de ganancias, o de aprendizaje, apetecibles para los maestros armeros de los alrededores. Lo cierto es que observamos una continua afluencia de armeros que firman contratos para trabajar en Arrasate.

A modo de ejemplo, observamos la presencia de armeros de la zona que se comprometen a trabajar en Arrasate, como ocurre en 1621 con el vecino de Elgoibar San Juan de Saracue, quien se contrata con el armero mondragonés Lucas de Aroça en el oficio de barrenar, y se especifica que trabajará cañones, “ora mosquetes, ora arcabuzes”⁸.

En poblaciones del Señorío se trabajaba mucho en la fabricación de armas. Los piqueros de Elorrio eran muy conocidos en la zona, pero los artesanos que acudían a Arrasate provenían asimismo de poblaciones más alejadas, como Ermua. De esta población se detecta la presencia de especialistas en la fabricación de armas mondragonesas. En 1574, Domingo de Irigoyen se apareja con Pedro de Gordo, vecino de Arrasate, y se compromete a fabricar quinientas llaves de mosquetes y quinientos moldes para los mismos⁹. A su vez, Martín de Zuloeta, en 1621, se concierta con Lucas de Loo. Trabaja durante cuatro años como cerrajero, y aparte del salario se le ha de dar de comer, cenar, cama y limpieza en días de fiesta y días de labor¹⁰. Es de suponer que Arrasate actuaría como foco de atracción para los maestros armeros de la zona.

2.2. Los afamados cerrajeros de Arrasate

No todo era la suerte de disponer de un material privilegiado. A ello era necesario añadir el arte y el trabajo, la organización y la capacidad de adaptación. Los cerrajeros arrasatearras eran por fuerza expertos en fabricar llaves de armas de fuego, pero esto los convertía también en los más adecuados para tareas complicadas o comprometidas. Resulta sorprendente el encargo que traen ciertos encargados de la casa de la moneda de Segovia. Estos necesitaban fabricar, para labores de la ceca, una complicada máquina de la que traían la maqueta en madera. Desde la ciudad castellana oficiales reales no dudan en desplazarse hasta Arrasate para pedir la colaboración de maestros arcabuceros, expertos “chisperos”, para llevar a cabo su proyecto.

8. AHPO, Arrasate L. 2369, f. 15v.

9. AMM, Caja 49.

10. AHPO, Arrasate L. 2369, f. 15.

Los documentos nos ofrecen todos los complejos detalles que componían la operación, y los cerrajeros de la villa no dudan de su capacidad y llevan a cabo la tarea como si de un encargo rutinario se tratara. De hecho, ya estaban acostumbrados a adecuarse a los nuevos inventos que surgían en el arte de la fabricación de armas de fuego, que en poco tiempo trajo novedades considerables, sobre todo en lo referente al encendido de la chispa que accionaba el arma, tarea encomendada a los cerrajeros. Para los artistas de este oficio, que resulta tan tradicional en la industria mondragonesa, la cerrajería habitual aplicada a cierres de puertas y confección de llaves resultaba como un juego de niños y algo que carecía de alicientes.

2.3. Acero a cambio de lienzos

Las importantes ciudades francesas de la fachada atlántica interesadas en adquirir el acero mondragonés podían ofrecer como contraprestación las cotizadas telas que en dicha zona se fabricaban. La pretensión habitual de los franceses buscaba a cambio el oro que, procedente de América, abundaba en la Península, y no los productos de la tierra que no despertaban tanto su interés. Pero en el caso del acero de Mondragón eran ellos mismos los que venían a ofrecer sus preciados lienzos a cambio de obtener con ellos el codiciado producto. El interés por dicho material era tan grande que incluso se presentaban en Arrasate para, a cambio de productos manufacturados franceses, llevarse a su tierra algunos panes de acero.

Tampoco carece de interés la noticia proporcionada por los franciscanos, quienes confiesan temer la presencia de mercaderes luteranos en la villa. La alarma proviene de la frecuente presencia de protestantes, que pueden pervertir a los vecinos con doctrinas perniciosas. Debido a la poca formación y adoctrinamiento del pueblo, el peligro de estos contactos sólo se puede conjurar con la construcción de un convento, para que los frailes defiendan la ortodoxia de la doctrina católica. La presencia del peligro luterano se personifica, naturalmente, en los mercaderes que frecuentan la villa y buscan adquirir el estimado acero fabricado en la localidad.

De hecho, la documentación ratifica las ricas relaciones entre mercaderes mondragoneses y negociantes franceses. En 1609 tenemos noticias de que Guillermo Marqués, mercader de Nantes, que reside en Bilbao, lleva aceros de Arrasate a Nantes, utilizando como punto de contacto la intermediación de Agustín de Ben, quien actuaba de lonjero de los materiales exportados¹¹. La iniciativa de los propios vecinos de la zona propiciaba también estos contactos, como nos lo da a entender la compañía comercial establecida por el mondragonés Antonio de Ibinarri y el oñatiarra Esteban Pérez de Larrinaga, quienes el año 1615 forman compañía para conducir cargas de acero en Alzola y llevarlos posteriormente a Nantes¹².

11. AHPO, Arrasate L. 2360, f. 247.

12. AHPO, Arrasate L. 2363, f. 219 y ss.

Pero no se trataba sólo de exportar, como se ha indicado. La contrapartida se fraguaba en las preciadas telas francesas, lo que, además de dinero, proporcionaba calidad de vida y elegancia, aquella que Garibay dejaba observar en sus compaisanos diciendo que eran “ruanos”, esto es, urbanos, y nada “labradoriegos”. Los mercaderes de la villa y los franceses establecían relaciones en igualdad de condiciones, lejos de la habitual invasión comercial que ejercían los del vecino reino en la Península. Este intercambio de mercancías, acero y lienzos, se establece por ejemplo entre Martín López de Echevarría, vecino de Arrasate, y Jaques de Urueña, vecino de Nantes, de cuyos negocios tenemos noticias precisamente por ciertas diferencias, habituales entre mercaderes, que surgieron en sus relaciones mercantiles¹³.

Un paso cualitativo en las relaciones con importantes mercaderes europeos queda reflejado en el momento en el que el acero no entra como contrapartida. Esta situación se observa en las relaciones del mercader mondragonés Juan Sáez de Aroca quien, en 1579, formaba parte de una compañía nada menos que con los hermanos Biscarreto. Bernardino de Biscarreto residía en Sevilla, y sin duda le interesó mantener como socio de su compañía al mencionado Aroca, probablemente apoyado en las fluidas relaciones establecidas entre Arrasate y Nantes. Esta ciudad será el lugar de residencia de Aroca por espacio de cinco años, formando parte de una compañía en la que se había puesto la nada despreciable cantidad de doce mil ducados¹⁴.

Pero disponemos de un documento que habla todavía mucho más específicamente a favor de la iniciativa comercial de los propios mondragoneses en relación a lo que podemos denominar comercio internacional, cuya llave, sin duda, la constituyó en principio el mentado y preciado acero. Se trata del testamento de Asencio Ibáñez de Artazubiaga, miembro de una de las grandes familias de la villa desde las sangrientas luchas banderizas¹⁵.

En el testamento de este importante comerciante se pueden apreciar un gran movimiento económico relacionado con los mercados internacionales. Siempre en relación con Nantes, punto de mira preferente de los intereses de la exportación de acero, se nos informa que había enviado, a través del puerto de Bilbao, setecientas barras de acero enviadas a la ciudad francesa, a la vez que una carga de cochinilla, con un valor global de ambos que alcanza los catorce mil reales. Es sintomático que la contrapartida a esta entrega es la compra de lencería.

Resulta digna de recoger, además de las cuantiosas sumas invertidas en ferrerías y fraguas, o en préstamos, o bien la carga de cera que tenía en su casa, la mención directa que el testamentario hace de sus negocios y su ofi-

13. AHPO, Arrasate L. 2349, f. 56.

14. AHPO, Arrasate L. 2335, f. 156v y ss.

15. AHPO, Arrasate L. 2336, f. 11 y ss.

cio de mercader y negociante. Artazubiaga hace alusión a las grandes ganancias obtenidas en sus negocios, pero aparte de la ayuda divina, atribuye su éxito a sus grandes esfuerzos y dedicación, como queriendo indicar que las riquezas acumuladas sólo en parte procedían de lo que había recibido, y fundamentalmente dependían de su trabajo para conseguirlas.

2.4. El trabajo de los mondragoneses

El acero no sólo era uno de los productos de Arrasate, sino el que constituía la base fundamental de su economía. La industria del acero era de tal calibre, que ponía a trabajar para la misma a la práctica totalidad de la sociedad mondragonesa, incluidos los campesinos y las mujeres, esto es, los sectores que en principio quedaban más apartados del fenómeno industrial. De la contribución y especial presencia de la mujer mondragonesa en actividades no domésticas ni agrícolas me ocuparé más tarde. En cuanto a los campesinos, los vemos abocados en actividades mineras, en el transporte, en el carboneo, y en una faceta directamente relacionada con la armería. Se trata del cuidado de los viveros de fresnos y de su consiguiente utilización para fabricar astas para las picas o lanzas. Los asteros o piqueros exigían la dedicación de muchos campesinos, que al observar la rentabilidad de los viveros de fresnos, se decidían a plantarlos e incluso a convertir su zaguán en taller de piquería, tal como ocurría en barrios de Oñati.

Por supuesto, la población urbana estaba repartida en los trabajos directos para producir acero, en las ferrerías masuqueras o en las tiraderas, que acogían el trabajo de cientos de artesanos a la orilla de los ríos, y en las labores de transformación realizadas en pequeños talleres de espaderos, cerrajeros, arcabuceros, etc. En una población con presumible pleno empleo los sectores de servicios adquirirían un relieve especial, e incluso atraían a trabajadores de los alrededores, como ocurría con los mulateros del vecino Valle de Leintz, solicitados para los trayectos hacia la costa o el interior.

En los talleres y ferrerías se trabajaba duro, pero a las compensaciones económicas fruto de la bonanza del período se añadían los alicientes de las diferentes festividades que regulaban las cofradías. El trabajo no apreciaba diferencias entre el día y la noche, y los talleres se utilizaban veinticuatro horas al día a partir de las doce de la noche del domingo, repartidos en dos tandas de a cada doce horas. En la herrería de Arrasate, el primer turno duraba desde las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la mañana, y el segundo turno, de cuatro de la mañana a cuatro de la tarde. De este modo cabía aprovechar la fuerza del agua a lo largo de las veinticuatro horas del día¹⁶. También se arbitrabán otras medidas conducentes a utilizar las últimas horas de la semana para poner e punto la maquinaria de los ingenios ferrones. En la ferrería de Zalgúñbar, el barquinero Fernández no sólo había

16. AHPO, Arrasate L. 2371, f. 76, año 1632.

fabricado unos barquines nuevos, sino que en el contrato se incluía una continua vigilancia y disponibilidad para los casos de mal funcionamiento. Debía por tanto estar siempre vigilante y dispuesto a acudir, “especialmente en los sábados de cada semana visitar e adreçar los dichos barquines”, para que, naturalmente, el lunes a primera hora se pudiera volver al trabajo¹⁷. Pero las festividades salpicaban el calendario laboral con fiestas bastante frecuentes. Además, los venaqueros no trabajaban los jueves, circunstancia que hace sospechar sobre una masiva afluencia de los mismos a las tabernas de la villa, bien abastecidas por los acemileros que volvían de Castilla con vinos de la Meseta.

Lo que está claro en el panorama laboral arrasatearra del pasado es que el trabajo en torno al acero constituía una forma de vida consolidada y que garantizaba una calidad de vida que no estaba al alcance de otras comunidades, incluso de las cercanías. La riqueza que generaba el comercio del acero y de los productos derivados del mismo otorgaba a la comunidad la posibilidad para llevar un nivel de vida que se deja apreciar en los codicilos de sus vecinos.

3. LA CALIDAD DE VIDA DE LOS MONDRAGONESES

3.1. La vecindad y el trabajo cotidiano

Previamente he comentado que una sociedad con tanto trabajo especializado, apoyado además en un material de excepcional calidad y unas ganancias que repercutían en un bienestar necesariamente compartido, generaba oficios y actitudes sólo provenientes de una situación de bienestar material manifiesto. La documentación nos muestra detalles que responden a una vida urbana avanzada, con un sector de servicios muy evolucionado y aspectos culturales y de bienestar material que hacen buenos los retratos que al respecto nos dejó Garibay. Ejemplos que denotan una vecindad civilizada, una indumentaria con detalles de elegancia, incluso de obreros considerados como de baja extracción que en sus testamentos muestran cierto bienestar. Unos pocos casos deslavazados pueden suministrar nos ciertas pinceladas sobre la vida cotidiana en el Arrasate urbano y con vocación de modernidad.

Nos vamos a situar en una casa situada en la calle más significativa de la localidad, Ferrerías. Lope de Marquina y Andrés de Barrutia, y sus respectivas esposas, ocupan sendas viviendas con única entrada y portal. Debaten sobre algunos problemas de utilización de espacios comunes, y minuciosa y civilizadamente se establece cómo debe disponer cada uno de los vecinos del espacio de entrada, del acceso a la escalera. Incluso la bajera de escalera entra en la atención de una distribución que es preciosa, debido al reducido espacio doméstico de las casas urbanas. Los arreglos de la escalera y

17. AMM, Caja 48, f. 268v., año 1578.

del tejado, el espacio otorgado al paso de la chimenea, todo queda detallado en el contrato¹⁸. Un arreglo perfectamente razonable de buena vecindad.

Un año después hallamos un desacuerdo entre dos vecinos que disputan sobre la medianera o pared de separación de la casa que comparten. Pero el problema se vuelve a solucionar dentro de un ambiente civilizado y de mediaciones vecinales. Los dos implicados, Pedro de Mendiberea y Sebastián de Jaurguibarria, dijeron: “que por cuanto entre ellos se habían movido pleitos y diferencias en razón de la medianera de la pared y argamasas y berganazo de entre sus casa y otra casa,... por evitarlos y conservar la hermandad y vecindad que siempre habían tenido, con intervención de gente principal y celosos de su paz y quietud, se habían concertado de que para atajarlos nombraron sendos oficiales para valorar el precio de argamasas y bergamazo de entre las dichas casas”¹⁹. Dos indicaciones al respecto: la endeblez interna de las paredes que separaban las habitaciones de los vecinos, en base a ramas entrelazadas y cubiertas con argamasa, y la preocupación del vecindario para que los pequeños roces se solucionen pacífica y satisfactoriamente.

En el bajo de cualquiera de estas casas del casco de la villa tendría su tienda u “oficina” el zapatero San Juan de Elejalde, quien en su testamento (hay que tener en cuenta que no todo el mundo testaba, frecuentemente con razón de la falta de bienes que delegar) otorga muestras de que en su oficio había conseguido una posición, si no desahogada, al menos sí digna del respeto de la vecindad. Por lo visto compartía oficio con su suegro, y entre ambos habían adquirido cuarenta cueros de vacas y bueyes, cuyo precio unitario oscilaba sobre los cinco reales. Declara que debe dinero a cierto zurrador que le aderezó los cueros, y también que dispone en su tienda de treinta y dos zapatos confeccionados, grandes y chicos, además de otros sesenta pares de ormas. Previsor, declara poseer cuarenta y seis medios cueros en casa de Lorenzo de Elorza, todo lo cual denota que disponía, para su oficio, de un pequeño capital que le permitía vivir sin que tuvieran que adelantarle el precio de los zapatos, práctica bastante habitual en aquella época a la hora de adquirir alguna mercadería²⁰.

Obviamente, la calidad de vida en aquella época nunca resulta equiparable a lo que nosotros entendemos por tal. La convivencia dentro de los recintos amurallados, donde se desarrollaba el quehacer urbano en la época de Garibay, resultaba problemática, debido sobre todo a la penuria de espacio. Las casas eran estrechas y oscuras. El espacio público muy reducido. Pero en comparación con los sistemas de vida habituales de la época, las características que observamos en la comunidad de Arrasate resultan de una modernidad digna de tenerse en cuenta. En este concepto, nos hallamos

18. AHPO, Arrasate, L. 2362, f. 353-4.

19. AHPO, Arrasate, L. 2362, f. 85 y v.

20. AHPO, Arrasate, L. 2353, f. 95, año 1594.

incluso con claros síntomas de lujo, como lo indican las continuas alusiones a determinados elementos ornamentales en la vestimenta. Los mondragoneses viajaban y recibían la visita de europeos. Estaban por tanto al cabo de las modas y estilos de vestir de diversas sociedades, y por si esto fuera poco, los franceses venían a ofrecer sus productos a la propia villa. Esto obliga a pensar que estos visitantes vendrían acompañados de elementos que muchos vecinos de la villa, bien surtidos de dinero, estarían dispuestos a comprar y lucir.

3.2. Detalles de un lujo que responden a una alta calidad de vida

Es natural que una sociedad abierta y en constante contacto con otros pueblos de alto nivel de vida, como podían ser las sociedades con las que mantenían contactos comerciales, sintiese la tentación del lujo y de la apariencia. En tiempos de bonanza la sociedad vasca tendió a construir casas no sólo confortables, sino incluso lujosas y acordes con modas arquitectónicas que se iban contagiando en la vecindad y que los canteros se encargaban de aplicar en las edificaciones renovadas.

No es sencillo evaluar correctamente, en referencia a su origen, las riquezas que dejó Asencio de Jausoro, arcediano de Avila, a Miguel de Jausoro, su hijo natural²¹. ¿Se trataba de una persona ya rica que hizo carrera en la Iglesia? De lo que no cabe duda es que dicho arcediano no hubiera llegado a serlo si prescindimos de la base económica y social donde se fundamentó su carrera, como las de otros personajes ilustres salidos de Arrasate. El memorial, que pertenece aproximadamente al año 1630, menciona unas casas principales en Caleberria valoradas en catorce mil ducados, a lo que se añade los novecientos del valor de una casería, y otros cuatrocientos ducados de otra casa. Aparte de que se trata de sumas muy importantes, lo que llama la atención es el lujo con que viene adornado el interior de la casa principal. Se menciona una fuente dorada con las armas de Jausoro, un cofre de ropa blanca guarnecida de seda, valorado en más de cuatrocientos ducados, una cama en damasco azul guarnecido con franjas de oro de cinco mil reales, otra cama de grana guarnecida en oro y seda valorada en trescientos ducados, y seis tapicerías de salas en la casa principal, de seda, compuestas de cuarenta y ocho paños, que se aprecian en más de mil quinientos ducados. Un lujo que no debía ser exclusivo de la mencionada casa, puesto que otras familias estaban en condiciones de rivalizar en lujo e importancia con Jauregui.

Tampoco cabe desdeñar las cantidades que manejaba el pintor Antonio de Elexalde, que se dedicaba a dorar altares y retablos en las iglesias de Nafarroa, Araba y Gipuzkoa. Este vecino de Arrasate deja reflejado en una acta las cantidades que se le deben de los trabajos hechos. Naturalmente, no se trataba de un material cualquiera, sino de auténtico oro. Así lo deter-

21. AHPO, Arrasate L. 2371, fº 105 y ss.

mina la declaración de que en la iglesia de Zumaia empleó nada menos que “siete mil panes de oro”²². De lo que le debe pagar por los trabajos hechos se citan los mil ducados que le adeudan en “Ugarte Araquil”, por haber pintado y dorado el retablo de San Martín y el sagrario; por “estofar el altar mayor” en la iglesia de Urbina, Araba, setecientos ducados; también en Araba, la iglesia de Betolaza le debe quinientos ducados por dorar y pintar toda la iglesia; también había intervenido en Alzola, del municipio de Elgoibar, donde doró el retablo del altar mayor por 577 ducados. Este oficio exigía, además del supuesto arte, un fuerte capital para obtener los materiales con los que trabajaba, según se ha podido observar. Los Elexalde formaban una familia económicamente fuerte, y es probable que estas actividades no hubieran sido posibles en otras condiciones económicas más endebles.

Dentro del mundo artístico nos encontramos en 1624 con una actuación de Pablo Ruiz de Ocharcoaga para pintar “el retablo de Nuestra Señora del Rosario de la villa de Mondragón”²³. El presupuesto es de setecientos ducados, que se harán pagaderos a los tres años. Las tres planas que especifican todas la actuaciones ofrecen una información exhaustiva, desde la peana hasta el remate, parando en columnas, esculturas y detalles de dicho retablo, donde predomina el bruñido y el dorado. Hay que considerar que estas actuaciones se inscriben en una sociedad que vive una época de la que queda patente la riqueza, el arte y hasta el lujo. Es el reflejo de lo que expresó Caro Baroja respecto al País Vasco, del que decía que era un pueblo económicamente privilegiado en tiempo de Garibay, y que la gente “vive muy bien, el nivel de vida es grande”²⁴.

Pero hay un capítulo más popular, extendido y significativo que detecta cierto afán de cierto lujo o boato que alcanzó también a las capas populares de Arrasate en relación a la indumentaria. Habitualmente los hombres se cubrían la cabeza, y era habitual incluir, en la ropa que se prometía a mozos aprendices que vivían y vestían a cuenta del amo, una gorra o un sombrero. Cuando Joanico de Egurbide se aparejó, por cinco años, como aprendiz de ensamblador, el maestro con el que se comprometió a proporcionarle un vestido de paño, un sayo y un greguesco, medias y capote, zapatos para todo el año, “y un sombrero de fieltro”²⁵.

La moda debió adquirir nuevas exigencias y proporcionar trabajo y buenas ganancias a un tal Domingo de Otaça, que debía ser sastre, quien se dedica a vender, entre otras cosas, sombreros de cierto lujo. En un año concreto, 1615, se acumula una serie de documentos en los que, muy significa-

22. AHPO, Arrasate L. 2346, fº 53, año 1592.

23. AHPO, Arrasate L. 2370, fº 76 y 77.

24. J. Caro Baroja, *Introducción a la historia social y económica del pueblo vasco*, Donostia 1980, p. 20.

25. AHPO, Arrasate L. 2337, fº 45, año 1590.

tivamente, se repite insistentemente en la presencia del sombrero, con o sin plumas, como elemento de adorno bastante generalizado, y no precisamente de fieltro, sino de materiales nobles. Domingo de Otaça suministra diferentes tipos de sombreros y da la impresión de que el negocio no le va del todo mal. Juan de Urrutia, por ejemplo, le debe treinta y cuatro reales en concepto de “un sombrero negro aforrado en tafetán con sus plumas y unas medias azules”²⁶. En el mismo legajo nos encontramos con deudas por diferentes indumentarias, en la que invariablemente se incluye el sombrero, o en su defecto las plumas de adorno: “sombrero con tres plumas”; “Una ropilla y un balón y una banda y dos plumas”; en cuatro ocasiones se menciona simplemente “sombrero con plumas”, en una ocasión se nombran “dos sombreros”, y en otra “un valón de paño morado y un jubón de olanda y una pluma”. Pero había exigencias más elevadas, como la que señala en un “valón de paño morado y sombrero y plumas y mangas, y medias ligas y corchetes de plata y sombrero”, todo lo cual se valora en nada menos que quince ducados.

4. LAS MONDRAGONESAS, MUJERES DE ARMAS TOMAR

Resulta digno de notar que en un documento del siglo XVI referente a las actividades de la comunidad mondragonesa se insiste en que la participación de las mujeres en asuntos relacionados con el acero era indiscutible. La expresión “hasta las mujeres”, indicando su toma de parte activa en el negocio de la metalurgia, adquiere un llamativo carácter de modernidad en una sociedad con predominante representación masculina. Pero lo que podía haber constituido una cita oportunista o aislada se convierte en la sociedad de Arrasate en una apreciable realidad. Mujeres claramente implicadas en el negocio del acero, mozas presentes en la actividad minera, taberneras que venden acero para obtener vino, todo hace pensar que la presencia femenina en la vida social y económica de la villa, más que una excepción, constituye un hecho usual y establecido. El caso de Ana de Vergara, mujer de negocios que decide viajar a Valladolid para defender sus negocios llena las más exigentes expectativas que se podían tener en referencia a la importancia de la colectividad femenina en el conjunto de la sociedad mondragonesa.

Después de publicado el trabajo sobre el acero de Mondragón tuve la fortuna de toparme con documentos que añaden nuevas y reveladoras perspectivas sobre las múltiples e insólitas actividades que desarrollaba la mujer en esta villa, tanto a nivel económico como de presencia social. Nos queda la impresión de que su personalidad iba a tono con una de las actividades más típicas de los mondragoneses, la armera. El carácter de gran determinación y arrojo que demostraron las hace acreedoras de la denominación “mujeres de armas tomar”.

26. AHPO, Arrasate L. 2363, fº 353.

4.1. Las mujeres en la economía

Las mujeres ejercen una significativa presencia en la vida económica de la villa. Son sobre todo las viudas y las solteras quienes muestran el camino a seguir, pues en su caso la vida resulta especialmente dura. Pero es precisamente esta circunstancia la que engrandece la figura de estas mujeres desamparadas que luchan por sobreponerse a unas condiciones adversas y logran salir airoso y convencer al entorno de sus grandes virtudes y valores.

Veamos el caso de Catalina de Oquendo, cuyo testamento nos muestra el camino adoptado para hacer frente a la vida en el momento en el que se queda viuda²⁷. Esta mujer encuentra su modo de vida por el sistema de suministrar leña a casas, talleres y conventos. En el panorama del Deba es habitual encontrarse con mujeres que frecuentan el bosque para recoger leña para el hogar. Pero en el caso de Catalina se trata de un medio de vida, incluso el medio de hacerse con una pequeña fortuna. El sistema consiste en pertrecharse de un carro, acudir a los montes comunales, y preparar cargas de leña destinadas a clientes de una concurrida comunidad urbana en condiciones de recurrir a este tipo de servicios, se trate del consumo de las fraguas o del hogar. Los destinatarios son, básicamente, de tres tipos. Los que necesitan combustible para su trabajo, como el maese Juan de Jaureguiberria, que debe a Catalina el valor de dieciocho carros de leña, o Juan Bautista de Oquendo, conocido hombre de negocios, que adeuda cuarenta carros de leña. Un segundo grupo lo forman las instituciones religiosas. El convento de San Francisco le debía veintisiete carros, y el convento de San Agustín, del que se nombra a su priora, doce carros. Finalmente, están los domicilios particulares, como Martín Báñez de Artazubiaga, deudor de diez carretadas, y una larga nómina de hombres y mujeres que dejaron debiendo el importe de dos o tres carros de leña cada uno de ellos. Si consideramos que sólo se le debía parte de lo que había repartido, y que el valor por carro de leña era de tres reales y medio, habría que admitir que esta viuda tuvo arrestos no sólo para sacar la vida adelante, sino para, literalmente, “echarse al monte” valientemente y proveer ampliamente a sus necesidades, además de cumplir con un oficio digno y necesario en una comunidad tan urbanizada.

La participación de las mujeres en la vida económica es de lo más variada. En cuanto a la participación en las minas, resulta sintomático un documento del año 1634, que habla de la obtención de una bula apostólica de Su Santidad, para decir cincuenta y dos misas, cuatro de ellas cantadas, en la ermita de San Valerio. El documento viene redactado en nombre de hombres y mujeres; textualmente, “en nombre de nos cofrades y cofradesas”²⁸. En la propia industria del hierro, las mujeres ayudan a sus maridos en las duras tareas ferreas. Incluso las más pudientes entran sin complejos en la

27. AHPO, Arrasate L. 2367, nº 111, año 1615.

28. AHPO, Arrasate, L. 2372, f. 16.

administración y dirección de los asuntos relacionados con el negocio del acero. En 1556 la viuda Doña Ana de Mitarte, mujer que fue de Asencio Báñez, promete pagar a Jacobe de Orraiz por fabricar un total de cien quintales de acero, estipulando la cantidad de tres quintales por semana, a cuarenta y dos reales el quintal²⁹. Aunque ajeno al mundo del acero, se conoce también entre mujeres de Arrasate la confección de las cotizadas beatillas o cubrecabezas de lino que tanta aceptación tenían en Castilla. De hecho, el año 1616 Domingo de Jauregui, que mantenía negocios en Sevilla, lleva desde Mondragón “un cajón de beatillas” para venderlas en la capital hispanense³⁰.

De todos modos, las mujeres tampoco lo tenían nada fácil en la vida social. El maltrato por parte de los maridos era práctica bastante común, amparados como estaban en su condición de cabezas de familia y representantes únicos ante la ley. Pero no estaban tan desamparadas como para garantizar la impunidad de los maridos. El año 1616 Pedro Bernal de Urisarri está preso en la cárcel de la villa “por el maltratamiento que hizo a la dicha su mujer”, Bárbara de Irigoyen, quien se querrela ante el obispado de Calahorra “atento la mala vida que le daba”³¹. Tampoco las mujeres eran espejo de rectitud y honradez. En un documento que obra en los protocolos de Arrasate nos encontramos en 1575 con María Abalía, vecina de Villafranca, acusada por Magdalena de Arteaga de haberla querido envenenar con la ayuda de otras personas, por lo que el corregidor la condenó a doscientos azotes y diez años de destierro fuera de Gipuzkoa. María se quejaba de su penosa situación en la cárcel, de que no había quien mirara por ella, de que padecía hambre, sed y ajes. Decía también haber recurrido la sentencia a Valladolid, pero la situación no deja duda de que, con indicios de culpabilidad, tampoco con las mujeres se andaban en contemplaciones³².

La muerte repentina de una mondragonesa en 1605 nos permite adentrarnos en los dominios domésticos de una mujer y los tesoros que una dueña de llaves podía guardar en casa. Los hechos ocurren en las casas que fueron de Gonzalo de Oleaga, ya difunto, donde había aparecido el cuerpo de María Sáez de Santamaría, “muerta súbitamente y habiéndose hallado sin habla... estaba muerta”. Se ordena la entrega de las llaves de las arcas de la casa y se manifestasen los bienes que contenían: la mujer llevaba encima una cantidad nada desdeñable de llaves, atadas a la cintura: “la dicha Mari San Juan quitando una pretina con una bolsa vieja vacía y diez y seis llaves”.

Se presentan en casa el médico, el cirujano y el alcalde. Para ver si todavía daba señales de vida, se le puso “un espejo delante de su boca”, y “una

29. AMM, caja 54, f. 29.

30. AHPO, Arrasate, L. 2363, f. 53.

31. AHPO, Arrasate, L. 2363, f. 153.

32. AHPO, Arrasate, L. 2334, f. 39.

candela encendida y apretándola tras los oídos que en ninguna manera no alentaba ni sentía”. En vano, puesto que se la da por muerta, aunque se toman las consabidas precauciones: “en semejantes desmayos y muertes tan súbitas y de tanto rebato mandaban los graves autores de la medicina que no fuesen enterradas hasta que pasasen setenta y dos horas, que son tres días naturales”, y “la pusiesen una cruz en los pechos y una candela de cera encendida junto a los pies, y con esto aguardasen hasta mañana al amanecer”. Entre las ropas, hay elementos de Francia, de Holanda, lienzos de la tierra, varas de Bretaña, a medida de que van abriendo, y numerando las diversas arcas (con las llaves mencionadas)³³.

Otro episodio del año 1606 nos ofrece interesantes aspectos de la convivencia entre diferentes generaciones de la misma familia, donde se ofrecen soluciones bastante sorprendentes para aquellos tiempos, indicándonos que todavía quedan muchos aspectos de aquella sociedad por descubrir. Se trata de la viuda Mari Juan de Goiru, quien vive sola y decide trasladarse a casa de su hija e yerno, pero con ciertas condiciones y en plan de prueba, como previendo las dificultades que ofrece la convivencia con la suegra. Mari Juan alega que no puede trabajar y tampoco puede sustentarse con los réditos de su hacienda. A cambio de recibir determinado trato en casa de su hija y su yerno, pagará a la pareja cincuenta ducados anuales que ayudarán a sustentarla, “dándola de comer, de calzar y vestir, cama, limpieza y servicio, tratándola con el respeto de madre a la dicha madre, por el tiempo que fuese su voluntad de estar en ella por los dichos ducados”. Caso que los funerales y gastos tras la muerte superen a sus bienes, ruega que sean su hija y su yerno los encargados de cargar con el resto³⁴.

4.2. Las “mujeres libres” y su inusual presencia en Arrasate

Cuando investigué la presencia de la mujer vasca en la economía y la sociedad del siglo XVI³⁵, uno de mis mayores asombros fue la constatación de una denominación muy particular aplicada a determinadas vecinas. Se trataba del término “mujer libre”. La carencia de estudios con los que comparar estas referencias documentales me obligó a tener más en cuenta que habitualmente la valoración que en cada ocasión adquiriría esta expresión. Se trataba, indudablemente, de mujeres solteras. Estas no tenían en la sociedad de la época una consideración positiva. El destino, la mala suerte o la voluntad divina habían determinado que muchas mujeres no pudieran entrar en los dos grupos de las elegidas, de las consideradas socialmente, que no eran otras que las casadas y las monjas. Pero para adquirir uno de estos dos estados, era preciso ser titular de una considerable cantidad de dinero. Debido a la inmensa importancia que la religión tenían en aquella sociedad,

33. AHPO, Arrasate, L. 2359, s.f.

34. AHPO, Arrasate, L. 2359, f. 148 y 148v.

35. J.A. Azpiazu, *Mujeres vascas. Sumisión y poder*, Donostia 1995.

se habían buscado subterfugios, no siempre bien vistos por la Iglesia, por los que las mujeres solteras alcanzaban un grado intermedio entre la soltería y el monacato. Eran las seroras o freiras, encargadas de atender a las parroquias y vigilar las numerosas capillas y ermitas diseminadas por el campo. Estas seroras habían adquirido cierto prestigio social y muchas de ellas se dedicaban a fabricar paños, con lo que obtenían un medio de vida digno y hasta acomodado.

El resto de las mujeres, que eran muchas, tenían que buscarse la vida encuadrándose en el sector de las criadas, con lo que conseguían formar parte de la familia a la que entraban a servir, sin apenas beneficios económicos. Pero había otras mujeres más emprendedoras y echadas para adelante que, con algo de suerte y mucho esfuerzo, conseguían labrarse un porvenir e independizarse económicamente, lo que generaba una situación poco habitual y que requería un tratamiento no contemplado en las jerarquías sociales. La sabiduría popular bautizó a estas mujeres valientes y dinámicas con el azaroso apelativo de “mujeres libres”. En un principio la expresión sonaba a libertinaje, a falta de moral. Más tarde, a medida de que aparecían más ejemplos de la sorprendente denominación, me fui inclinando por una interpretación en la que primaba el aspecto de respeto y de aceptación social de las incluidas en el grupo referido. La aparición de las “mujeres libres” se vinculaba, la mayor parte de las ocasiones, con una actividad económica saneada y con una presencia social relevante, sobre todo dada la consideración habitual de las féminas en la época, donde apenas tenían relieve fuera de la familia o prescindiendo del marido.

El caso de Arrasate se me antojaba de una significación muy particular, puesto que se trataba de una comunidad en la que se apreciaban actividades femeninas en tareas inusuales. Las mujeres participaban muy activamente en el mundo de la metalurgia y su comercialización, lo que permitía sospechar que se habían abierto un importante hueco en el mundo económico y, consiguientemente, en el social. Pero quienes ocupaban este espacio y no estaban casadas no forzosamente eran denominadas “mujeres libres”. Lo insólito es la relativa frecuencia con que determinadas mujeres independientes adquirían ese apelativo, bajo ningún concepto denigrante. Además, hallamos varios casos en los que estas mujeres tienen hijos, lo que no obsta para que adquieran este apelativo.

Sobre la presencia de mujeres independientes que no son denominadas “libres” llama la atención el caso de dos compañeras, que en la documentación se nombran como “vecinas”, a las que les une una buena amistad y un trabajo compartido. El testamento de una de ellas puede ofrecernos un reflejo de lo que significa el “estatus” de “mujeres libres”, aunque en su caso sólo se denomina vecina. Además, tiene un hijo, no hay ninguna mención a su marido, y tampoco a una posible viudez. En 1588, María de Bidaur “vezina de esta villa de Mondragón, estando como estoy enferma y achacosa de enfermedades aunque levantada de cama y andando con mis axes, pero en mi seso, memoria y entendimiento...”, deja plasmada su voluntad ante nota-

rio. El principal beneficiario es su hijo, San Juan de Otaola, pero se le ve muy unida a “María Ameçua mi compañera”, a la que muestra su cariño y deja parte de sus bienes.

Es más que probable que entre las dos Marías hubiesen compartido un negocio en el que se vislumbra un oficio entre tenderas y panaderas. Son varias las referencias a cantidades de vino blanco, “que de mi y de mi tienda se han llevado”. Varias mujeres le deben pan cocido, vino, atún, etc. Da la impresión de que disponían de un horno, y señalan la diferencia entre una fanega de trigo, valorada en dieciocho reales, y lo mismo convertido en pan, que adquiere el valor de treinta reales.

Deja determinadas prendas de vestir a su compañera, por los servicios prestados. Disponía entre sus bienes una sábana de lienzo de mar con labor de algodón, siete cobertores de pluma de cama, cuatro camisas nuevas de mujer metidas en agua dos docenas de pañuelos, una silla pequeña de mujeres, cuatro arcas grandes de madera buenas, etc. y añade: “Instituyo y nombro por mi universal heredero al dicho San Juan de Otaola mi hijo”, al que deja ropa, dineros, plata y recibos. En conjunto, deja una buena cantidad de bienes y dinero o recibos, y es curiosa la presencia en el documento de varias firmas de importantes vecinos mondragoneses, como los Aroca³⁶.

María de Bidaur es denominada “vecina”, no “mujer libre”. Pero podía haberlo sido, con el mismo título que lo fueron las mujeres que son objeto de nuestra consideración. Una de ellas, Catalina de Oleaga interviene ante Pedro de Elorriaga para que se haga cargo del aprendizaje como oficial tenacero, contrato suscrito en arrabal de Çarugalde, extramuros de la villa de Mondragón: el contrato especifica que el hijo de la denominada “mujer libre” aprenderá a “tirar el acero”, y se le admitirá “por aprendizaje así en la herrería tiradera de tirar acero como en su rementería y oficio de toberería”³⁷. En la tradición de estas mujeres solteras que toman la responsabilidad de hacer enseñar a sus hijos un oficio nos encontramos en 1613 por una parte con María Martínez de Aroca, “mujer libre”, y por la otra tenemos a Martín de Larralde, calderero, ambos de la villa, y deciden asentar a su hijo Pedro de Aroca como aprendiz, en su casa y fragua, del oficio de calderero, con cinco años de aprendizaje, corriendo los gastos a cuenta del maestro, “excepto las cosas de lienzo”³⁸.

La participación de estas mujeres en la vida pública mondragonesa no sólo está vinculada al trabajo o los contratos. En 1573, Francisco López de Oro, quien no tenía hijos ni hijas de su legítima mujer Doña Juana de Osa y Elgueta, “e tenía solo una hija natural habida en mujer libre de antes que se casase, María López de Oro, doncella, y en falta de hijos e hijas legíti-

36. AHPO, Arrasate, L. 2336, f. 35.

37. AHPO, Arrasate, L. 2357, f. 157, año 1599.

38. AHPO, Arrasate, L. 2362, f. 157 y 157v.

mos y herederos forzosos, nombraba e instituía por su hija única e universal heredera ...”³⁹. Es más que probable que, a la edad propia de acceder al matrimonio, las mujeres que llegan a denominarse como “mujeres libres” no pudieran aportar el dinero necesario para poder casarse. Esto no las privaba de relacionarse con el otro sexo y de seguir su vida prescindiendo del matrimonio, por lo que se puede observar en condiciones honorables y en buena consideración de la vecindad. Esto es lo que insinúan los anteriores casos, así como también los de Inesa de Elexalde y Inesa de Jausoro, “madre e hija mujeres libres vecinas de la dicha villa”, se dedican a vender sidra y tratar con manzanas⁴⁰, y el de Mari Andrés de Mendraca, asimismo mujer libre, vecina de Elorrio y residente en Mondragón, quien reclama una carta de pago de diez mil maravedís a un vecino de Elorrio en razón de haber perdido su limpieza y deber encargarse del hijo fruto de la relación⁴¹.

Sin embargo, el caso más significativo de las mujeres alineadas bajo esta denominación es el de Ana de Vergara. Esta vecina de Arrasate, al parecer involucrada en negocios de indudable importancia, ofrece la imagen de mujer liberada, económicamente próspera, y a la que no arredran los problemas propios de los negociantes de cierto alcance. Pero lo que para un hombre de negocios no hubiera sido más que un trámite corriente se convertía en una papeleta de difícil solución para una mujer soltera de la época. No deja de aturdirnos la naturalidad con la que Ana de Vergara afronta su rol de mujer de negocios, lo que le obliga a moverse en un mundo eminentemente masculino. Ante la alternativa de encarar personalmente el trámite o delegarlo en un hombre, toma la decisión de recurrir ante las autoridades supremas de la Chancillería y personarse en Valladolid para defender sus intereses. Esta decisión se nos describe de la siguiente manera: “me conviene hacer ausencia de esta villa por algunos días por haber deirme a la ciudad de Valladolid en seguimiento de pleitos y causas que tengo y se me ofrecen en la Real Chancillería de Valladolid, donde habré de detenerme algunos días, y porque en mi ausencia mis cosas y negocios que mi ausencia se ofrecieren y convinieren”, lo deja todo en manos de su hermana Isabela, viuda, en un significativo gesto de solidaridad a la vez familiar y de género, otorgando toda la confianza sobre sus negocios a una mujer: “Asimismo doy poder a la dicha Isabela de Bergara mi hermana y facultad tan amplia que se requiere e yo puedo para que si Dios permitiese que yo falleciese en esta mi jornada y ausencia sin ordenar mis cosas y otorgar mi testamento, en tal caso pueda testar por mí y ordenar mis cosas a su voluntad, con libre y general administración”⁴².

39. AHPO, Arrasate, L. 2334, f. 12.

40. AHPO, Arrasate, L. 2363, f. 14, año 1616.

41. AHPO, Arrasate, L. 2362, f. 143, año 1613.

42. AHPO, Arrasate, L. 2360, f. 64v y 65.

5. LA RIQUEZA DE ALGUNAS BIBLIOTECAS DE ARRASATE

No por casualidad la sociedad mondragonesa ofrece figuras del calibre del cronista Esteban de Garibay o el catedrático Báñez de Artazubiaga. Los vecinos de Arrasate que logran destacar en la administración estatal, en la judicatura o en la Iglesia no son fruto de la casualidad. Pero estos personajes se encuadran con dificultad en una sociedad de la que conocemos aspectos industriales y comerciales, pero donde la cultura no ha sido estudiada más que en el caso de Garibay. Sin embargo, la Universidad de Oñati ofrecía una oportunidad única para destacar en el campo intelectual. La cultura no requería salir forzosamente lejos de la villa. Algunos codicilos con amplias listas de libros demuestran que la cultura estaba instalada dentro de la propia villa, sin necesidad de ocultar la afición a los libros, como si éstos estuviesen reñidos con las actividades predominantes de la comunidad. El Arrasate contemporáneo de Garibay muestra su grandeza también en el campo de la cultura, en el arte y en el saber vivir.

El año 1608 se procede a hacer el inventario de Pedro López de Arcaraso, de los que extracto los que puedan tener mayor interés. Conviene tener en cuenta la abundante presencia de publicaciones sobre medicina, lo que hace sospechar el oficio que ejercía dicho López de Arcaraso⁴³:

- un libro Morales de Plutarco
- un libro viejo des encuadernado que trata de planetas
- un libro escrito de mano llamado Doctrinal de los Caballers, encuadernado en tabla
- un libro encuadernado en tabla en que se trata de Caídas de Príncipes escrito en pergamino
- un libro de medicina encuadernado en pergamino
- un libro intitulado de Santas Mujeres
- La Araucana de Alonso de Ercilla
- un librito intitulado Despertador
- un librito de la Vida de Diógenes
- otro libro de Antonio Pérez portugués
- otro libro de Antonio Pérez sobre peste
- otro librito de Francisco Pérez sobre los partos de las mujeres
- otro intitulado Vicente Espinel
- otro librito intitulado Entretenimiento de caballeros
- otro librito intitulado Tesoro de la vida humana
- otro libro intitulado Apotemas
- otro librito encuadernado en pergamino llamado Séneca
- otro llamado Machiavelo
- otro en pergamino de las vidas y costumbres de emperadores
- otro librito intitulado Inquiridion de Benero

43. AHPO, Arrasate L. 2352, nº 145 y ss.

- otro librito intitulado Vidas sobre la crianza de las doncellas y manera que han de tener las doncellas y viudas
- otro librito que trata de santos y sus vidas
- un Repertorio de los tiempos, de Andreseli
- otro libro llamado de Triunfos de Guzmán
- otro librito de Contemplación de Diego Ortega
- otro librito de Francisco de Guzmán intitulado Flor de sentencias
- otro librito intitulado Comentarios de César
- otro librito de Fragoso sobre la cirugía
- otro librito de confesonario
- otro librito de la tragicomedia de Celestina
- otro librito segunda parte de las cuatrocientas preguntas del Almirante
- otro librito de Marco Aurelio
- otro librito de las medicinas simples
- otro librito de experimentos del doctor Soria
- otro intitulado Arcadia, de Salazar
- otro libro intitulado Orlando enamorado, en italiano, y otro en romance
- otro del mismo Orlando furioso, en romance
- otro libro del Apercebimiento de gente de guerra que hizo el emperador contra el turco
- otro de fray Francisco de Osuna sobre los casados
- otro libro intitulado Tesoro de pobres
- otro libro de Alonso de Fuentes intitulado Suma de filosofía
- Repertorio del mundo
- otro libro de agricultura
- otro libro intitulado Laguna sobre Dioscórides
- otro libro intitulado Libro de la medicina
- otro de Reprobación de supersticiones
- un librito de la Doctrina cristiana
- otro librito intitulado Libro de cocina
- otro libro de las Fábulas de Esopo
- otro librito de Estilo de escribir
- otro libro grande intitulado de la Nueva recopilación
- otro libro de Petrarca en italiano
- otro libro de aritmética
- otro libro de la Montería
- otro libro de la Conquista de México
- otro, Conquista de las Indias
- otro, Reloj de Príncipes
- un libro de Lucan
- otro libro de Suma de geografía
- otro libro intitulado El momo
- otro librito llamado Cartas de Japón
- otro de Ilustres varones
- otro de las Poesías, de Padilla

Un inventario de libros del año 1621, perteneciente al licenciado Mázmela y Otalora, nos ofrece otra oportunidad para bucear en los libros de que estaban dotadas ciertas casas de Arrasate⁴⁴. En esta ocasión encontramos una gran cantidad de libros de contenido religioso, y sólo extraigo una corta lista de los que puedan tener mayor interés.

- un librito intitulado Index librorum prohibitorum
- Historia del emperador Carlos, por fray Prudencio de Sandoval
- La crónica del Rey don Alonso
- Las cuatrocientas preguntas y respuestas del Almirante
- un librito intitulado Historia de Etiopía
- Agonía del tránsito de la muerte, por el maestro Alexo
- las obras de la historia de Gabriel de Herrera
- Josepho, De Antiquitatum
- Primer parte de las Postrimerías del hombre
- Crónica de España, del doctor Pedro Antón Beuter
- Inquiridion de los tiempos
- Plinio Secundae Historiae Mundi, impreso Lugduni (Lión) año 1589
- La jornada de Philippo segundo a Alemania, autor Juan Calvete, Amberes 1552
- Marqués sobre los Salmos de la espiritual Jerusalén
- La segunda parte de la Araucana
- Sermones del Rey Philipo Segundo, recogidos por Julio Iñiguez de Lequerica
- Bacullus clericalis
- Las obras del Cardenal Belarmino, en cuatro tomos
- Boecio, De consolatione
- Dos libros de la Suma del Maestro fray Pedro de Ledesma
- Agricultura del alma, de fray Melchor de Torres
- Historia secreta, por Juan Fernández de Moya
- Epigramas de Marcial
- El Manuel del Doctor Navarro
- Fueros de Vizcaya
- Vocabulario, de Antonio de Nebrija
- Práctica criminal
- Historia de Tucídides
- San Buenaventura, en cuatro tomos
- Petrus Lombardius
- Epístolas familiares, de Antonio de Guevara

Una circunstancia fortuita nos descubre el movimiento de un apreciable volumen de libros de un mondragonés en la segunda década del siglo XVII. En el testamento de Mateo de Erguin, cuyo oficio parece estar vinculado al

44. AHPO, Arrasate L. 2369, fº 74 y ss.

transporte en mula, se incluye una cláusula que se refiere al transporte de libros de un vecino de Arrasate: "Iten declaro deberme Don Pedro de Otalora cincuenta y seis reales por el porte de ocho arrobas de libros que le llevé desde esta villa a Valladolid, a siete reales la arroba"⁴⁵.

Estos pocos ejemplos, que sin duda se podrían multiplicar, dejan entrever la existencia de importantes bibliotecas en Arrasate. La riqueza de sus vecinos, el ambiente que se vivía, los contactos con el exterior, todo hacía presumir una vida intelectual que no se reducía a unos pocos mondragoneses que habían tenido que salir de su villa para ejercer sus oficios o cumplir sus inquietudes. El ambiente renacentista que se había infiltrado en la villa, los múltiples contactos con gente que acudía a la misma, e incluso los viajes a que las necesidades del mercado obligaba a realizar a los vecinos, facilitaban los contagios exteriores, en particular de sociedades menos encorsetadas y en más ebullición que las castellanas como podían ser las de ciudades flamencas y francesas a las que se veían precisados a viajar. La riqueza en que vivía Arrasate no era insensible a la moda procedente de otros ámbitos, ni a la atracción por una cultura procedente de sociedades alejadas en el espacio pero perfectamente incardinadas en una sociedad abierta y dinámica como la mondragonesa.

6. LA REIVINDICACIÓN DE GARIBAY

Garibay, injustamente denostado desde poco después de muerto, fue el blanco de críticas que le tacharon de fantasioso. Los errores atribuibles al cronista mondragonés fueron sin embargo comunes entre el común de los historiadores de su época, aunque a él no se lo perdonaron, achacando al conjunto de su obra, sin más, su falta de crítica. Caro Baroja se acercó al *Compendio Historial* con el cariño de quien comprende la injusticia de la desaprobación global e injustificada, y reivindicó los grandes aciertos que adornan la obra del cronista mondragonés, sobre todo, en lo concerniente a la descripción de la Gipuzkoa de la segunda mitad del siglo XVI⁴⁶.

Esta interpretación de la historia vasca analizando las fuentes ofrecidas por Garibay logró sacar al cronista de la negra noche del descrédito, y abrió de nuevo el camino a la consulta provechosa de la que constituye en muchos aspectos la más fiel crónica vasca de la época. Caro Baroja había defendido en sus estudios la tradicional europeidad y modernidad de la sociedad vasca, su indiscutible apertura y dinamismo. Y encontró un aliado natural en las afirmaciones del cronista mondragonés. A veces lo tacha de exagerado, pero esto fue en mi opinión fruto de la carencia de ciertos datos que hoy día sí son conocidos, como ocurre en concreto con la discusión sobre la calidad del acero mondragonés. En referencia a otros aspectos, Caro Baroja dispone, a través de diferentes fuentes, de noticias que avalan

45. AHPO, Arrasate, L. 2367, f. 158v, año 1615.

46. Julio Caro Baroja, *Los vascos y la historia a través de Garibay*, San Sebastián 1972.

las afirmaciones de Garibay. Tengo la seguridad de que si el maestro de Itzea hubiera dispuesto de los conocimientos que hoy se aceptan como fiables, hubiera dejado de mostrarse reticente frente a determinadas afirmaciones de Garibay.

Las alabanzas que dedica Garibay a la calidad del acero producido en Arrasate hubieran podido interpretarse como algo simbólico, derivado de un excesivo e interesado amor por su patria chica. Caro Baroja atribuye el atrevimiento de comparar la calidad del acero mondragonés con el de Milán al apego y aprecio del cronista por su tierra y en particular por los industriuosos mondragoneses. Al no conocer datos concretos sobre su calidad, y sobre todo al carecer de noticias sobre la aceptación de que dicho acero gozaba en el mercado europeo, era obvio que mostrara sus dudas sobre la validez de las afirmaciones del historiador mondragonés, principalmente cuando éste encumbra su valía parangonándolo con los más cotizados aceros europeos. Dar razón a Garibay en este aspecto concreto hubiera supuesto una temeridad por parte de Caro Baroja y hubiera contribuido a desbaratar en su conjunto el intento de reivindicar al cronista. En la actualidad disponemos de datos fehacientes que nos permiten afirmar que Garibay de ningún modo fue un exagerado defensor de la calidad conseguida por los expertos acereros mondragoneses. Lo cierto es que la realidad al respecto supera ampliamente las equilibradas afirmaciones del autor del Compendio Historial, y de hecho sus valoraciones positivas al respecto podían haberse extendido a otros campos sin temor a pecar de chauvinista o de mirar con ojos demasiado benévolo todo lo referente a las grandezas de su villa natal, tendencia que Caro Baroja justifica atribuyéndolo a recuerdos de su niñez, a imágenes que quedaron grabadas en las pupilas infantiles del futuro cronista y más tarde trasladadas a sus relatos con la esperada distorsión y tendencia a la magnificación de los hechos. Estas pretendidas exageraciones resultaron ser ajustadas en sus apreciaciones e incluso quedaron cortas en su valoración global.

Dentro de la misma línea, la modernidad que Garibay atribuye a la comunidad de Arrasate se le asemeja a Caro Baroja más asumible. De hecho, este último autor ha defendido siempre que el País Vasco, más atlántico que mediterráneo, ha sido muy receptivo a las influencias modernizantes del Norte, y ha colocado al pueblo vasco en una tesitura de vida y valores más vinculados a Francia, Países Bajos, etc. La situación geográfica y la salida al mar fomentaron esta tendencia, que procuró a sus vecinos un aire más próximo a Europa que a Castilla, con la cual sin embargo los lazos siempre fueron muy estrechos. En el caso de Arrasate, algo alejada de la costa y a medio camino de Gasteiz, puerta comercial de Castilla, se corrobora esta tendencia hacia los países a los que conduce la apertura del Cantábrico. Si puede resultar extraño constatar la participación de vecinos de Arrasate en la financiación de las expediciones de Terranova, la estrecha vinculación de los mercaderes mondragoneses con importantes poblaciones del atlántico francés resulta clarificadora sobre su presencia en torno al panorama comercial más selecto de la época. Particularmente significativa fue la relación Arrasate-Nantes. Mercaderes y representantes de ambas poblaciones eran

habituales en los intercambios, en los que prevalecían el cotizado acero mondragonés y como contrapartida los preciados paños franceses.

Fruto incuestionable de esta fluida relación fue la apertura al Norte, a su cultura, sus modas y sistemas de vida urbanos avanzados. No cabe extrañarse de que nos encontremos, en los codicilos de ciudadanos mondragoneses, largas listas de ricas telas, joyas, cuadros, libros, etc. Lujo, cultura, arte, el espíritu europeo se infiltraba en la sociedad mondragonesa a través de las consolidadas relaciones con mercaderes franceses, flamencos e ingleses que, ávidos de establecer relaciones con los productores de acero mondragonés viajaban hasta el fondo del Valle del Deba dando un toque de exotismo a la vida urbana mondragonesa, a la vez que suscitaba en las autoridades eclesiásticas el temor a que las influencias religiosas de los visitantes hicieran mella en la entereza católica de una población mayoritariamente poco preparada para el debate que la Reforma había suscitado en Europa. Esta circunstancia, fruto en parte de un profundo pero ingenuo sentimiento religioso, que una formación oscurantista y poco abierta a los cambios había inculcado el clero peninsular, no invalidaba el talante claramente “ruano” o urbano de los pobladores de la villa, cuya calidad de vida se dibujó en trazos concisos, tales como se aprecian en la narración de Garibay. Este, que había viajado a Europa para vigilar la edición de sus crónicas, supo apreciar con justeza hasta qué punto sus paisanos distaban del modo de vivir de las poblaciones del Sur y se sentían más emparentados con el talante de los habitantes del Norte.

En resumen: Garibay, para ensalzar a sus paisanos, no tuvo que inventar noticias sobre un estilo de vida que se alejaba de la realidad. Sencillamente relataba lo que cualquier observador apreciaba en la comunidad mondragonesa. Esta vivía una época dorada propiciada básicamente por la producción y comercialización del acero, aunque al germen de su espléndido florecimiento en modo alguno fue ajeno el genio popular, el arranque empresarial y el difícil arte de convertir aquel regalo de la naturaleza en el inapreciable y apetecido acero. Este producto industrial invadió los principales mercados de la época, llevando grabado en sus panes de acero, sus cotizadas espadas y armas de fuego, el nombre de su comunidad de origen, patria chica de Garibay, Mondragón.